

Pastores de Belén

A FORTUNADAMENTE la novela de Lope de Vega «Pastores de Belén» es bastante conocida en la actualidad por un sector amplio de público. Además de las diversas ediciones de su texto íntegro hechos recientemente—algunos de ellas de tipo y de coste popular,—existen reducciones para la infancia, ilustradas y de presentación primorosa. Lo eterno del tema y lo excelente del estilo se han impuesto en nuestros días sin gran esfuerzo. Escribió Lope de Vega esta obra allá por el otoño de 1611 cuando el luto por la muerte de la reina Margarita hizo permanecer cerrados los teatros y, por tanto, impuso al gran comediógrafo una especie de descenso forzoso. Al mismo tiempo, desde el año anterior, Lope pasaba por una época de conversión y de arrepentimiento que le hacía volverse hacia los temas sagrados. «Pastores de Belén» tenía que aparecer para Navidades de 1611; dificultades sin duda de impresión retrasaron hasta el año siguiente en que salió la obra de las prensas madrileñas de San Juan de la Cuesta, ya famosas por haber dado a luz, seis años antes, la primera parte del «Quijote». Lope dedica el libro a su hijo Carlos Félix, que a la sazón contaba seis años. En aquel mismo verano de 1611 el pequeño Carlos Félix se puso enfermo; «Carlitos está con tercianas dobles, muy trabajoso, no come nada», escribe en una carta particular Lope de Vega, «así Dios guarde a este niño, que si él faltara de mis ojos no estuviera con mayor pena». Carlos Félix murió; esta nueva pena en el corazón de Lope produjo—como produjeron todas las pasiones, penas y alegrías del gran escritor—una de las más bellas elegías de nuestras letras, aquella que empieza «Este de mis entrañas dulce fruto...»

En «Pastores de Belén» encontramos entrecruzadas dos corrientes bien definidas de nuestra literatura, una de tipo tradicional y otra de tipo erudito. Lo tradicional es lo primero que salta a la vista del lector más profano. ¿Que más tradicional que el tema de Navidad, con el nacimiento del Niño Dios, con la adoración de los pastores, sus ofrendas y sus villancicos? Es una corriente literaria bien definida, que parte de los Evangelios—los canónicos y, más todavía, los apócrifos—y que en nuestras letras tiene la primera muestra conocida en el delicioso «Libro de los tres reyes de Oriente», escrito en el siglo XIII. El villancico—composición eminentemente arraigada en todos los pueblos civilizados halla en nuestra literatura gran aceptación entre los mayores poetas, los cuales se complacen en escribirlos conscientemente rústicos, continuando así la línea más tradicional de la lírica—recordemos sólo dos nombres: Gil Vicente y José de Valdivielso.—Lope de Vega cultivó el villancico—sobre todo en estos «Pastores de Belén»—con una gracia y una soltura inimitables e insuperables, hasta el punto de conseguir ganar en simplicidad, candor e ingenuidad a los auténticamente populares. Pero si bien examinamos, uno por uno, los cantares que los pastores de Lope dedican a Jesús, nos encontramos con casos curiosísimos. Hay entre ellos canciones de tipo renacentista, sonetos llenos de primor literario, rústicas composiciones de pastores cerriles y pafurdos, himnos de raíz bíblica y poemas en los que, con llanas palabras se encierran conceptos teológicos. Es curioso, en este último aspecto, aquel villancico, djalagado entre dos pastores, Bras y Florente—nombres típicos del pastor rústico,—acompañados por la lira de Nemoroso—instrumento y nombre de pastor convencional y erudito, de raíz gárcilasoniana.—En él se juega con letras de sentido teológico aplicadas a los llantos del Niño:

—Bras, si llora Dios, ¿por qué dice B, pues Dios es A?
—Porque es corderillo ya, y dice a su madre B.

Aquí se manejan tan altos conceptos como son el Alfa y Omega y el Agnus Dei (el corderillo). Y acabó con esta alusión a la forma de la Cruz:

¿O por qué no dice T pues cruz esperando está?
—Porque es corderillo ya, y dice a su madre B.

A lo largo de «Pastores de Belén» topamos mil veces con el cruce y la mezcla de elementos tradicionales y eruditos. Hay que tener bien presente que esta obra responde a un tipo concreto de literatura corriente en tiempos de Lope. Me refiero a la literatura «a lo divino» a la que ya he tenido ocasión de referirme otras veces desde estas columnas, o sea aquellos libros que trasladan a un plano sagrado los géneros literarios en boga que no son bien vistos por los moralistas. Este era el caso de la novela pastoril o arcádica que, imitada de Sannazaro, fué cultivada entre nosotros por un sin fin de escritores, entre ellos Montemayor, Gil Polo, Cervantes y el propio Lope de Vega con su «Arcadia», publicada unos dieciocho años antes que la obra que ahora nos ocupa. Los moralistas arrebataron contra la blandenguería del género, apta para afeminar los ánimos y hacer concebir pasiones demasiado ardientes en doncellas recatadas. El fraile Bartolomé Ponce quiso atajar el mal con su «Clara Diana o lo Divino», obra empalagosa y de pesada lectura. Con «Pastores de Belén» Lope de Vega nos da no tan sólo un traslado de la novela pastoril a lo divino sino también una auténtica superación del género, ya que le eleva de asunto y le da máxima dignidad literaria. Por este motivo en «Pastores de Belén» encontramos situaciones que arrancan directamente de aquel género tan artificial y tan italiano, lo que obliga a tenerlo en cuenta para llegar a una verdadera comprensión de esta primorosa obra de Lope de Vega.

MARTIN DE RIQUER

LIBRERIA CARBO Taller de encuadernación

Un momento granollerense

CREO, con seguridad, que el paisaje somos nosotros, nuestro espíritu, sus placideses, sus melancolías, sus anhelos, y claro está al querer pintar un momento de nuestro paisaje, del paisaje vallesano en esta estación del año en que los árboles se han quedado con los huesos por que sus hojas ya han caído; en esta estación del año en que imperan los cielos bajos y las neblinas que como cendales se van desgarrando por las laderas; en esta estación del año triste por no decir lóbrega, repito, al querer pintar un momento de nuestro paisaje, me he trasladado a un rincón del campo cerca de Granollers que por los recuerdos dulces, felices, inolvidables que mi espíritu guarda de él celosamente, tiene que neutralizar esa tristeza y lóbreguez del tiempo haciendo que el concepto que de dicho paisaje saque sea optimista, alegre y desde luego satisfactorio.

Este rincón además de ser a propósito para mi espíritu es algo alto y domina casi toda la ciudad y alrededores. A mi lado un campo de labor en donde dos labriegos entre su conversación sencilla y franca van, delante el uno con su caballo que arrastra el arado, y el otro detrás voleando la semilla que va besando la tierra en sus surcos confiada de su fertilidad.

¿Como veo el panorama de esta tierra mía arcáica y sosegada?

A mis pies, como avergonzada y tímida, Granollers posa quieta, para que mis ojos escudriñadores voyan catalogándola; su configuración entre dos laderas que siguiendo la vertiente del río Congost y la línea férrea, metálica y contemporizadora del ferrocarril, es alargada, mucho más larga que ancha y bastante geométrica. De su casi uniformidad no destaca más que el camarero de la Iglesia que como huérfano creyente da o conoce la fe cristiana de los granollerenses que aún no tienen Templo, las chimeneas humeantes de sus fábricas laboriosas y alguna que otra construcción moderna.

EN el arte cristiano, desde sus balbucesos arcaicos a la plenitud renacentista, que en nuestro solar abarca hasta bien cumplido el siglo XVII, victoria del arte católico español, que vale decir del genio de la raza, ningún motivo artístico ha sido preferido por los pintores de todos los reinos, al Sagrado idilio del Portal de Belén. Esta divina y humana fortuna, tuvo inspiración a raudales para enervorizar el ingenio de los artífices cristianos y proclamar el heroísmo de sus pinceles. La poética y la mística, se emparejan en el nocturno comienzo del Drama cristiano; la pintura se suma a sus hermanas, para que por obra de su hechizo, por las ventanas de los ojos nos llegue al alma la humanidad de aquella escena y se plasme en los corazones de buena voluntad.

El grito cotizar de que manera el Arte, en distintos pueblos reflejo de su natural sentimiento, ha historiado el Sagrado Poema, y como santamente le entendieron y cual de sus estrofas más amasaron nuestros viejos artífices, espejo de calidades raciales. Las escuelas del Norte, borgoñonas, flamencas y alemanas, eligieron a la asonancia de sus festivos adrezos, el esplendor de la Epifanía. El arribo, de la caravana de los Santos Reyes de atavíos lujosos, con presentes de corceles y camellos agobiados con corazón de tesoros, vienen a rendir pleitesía y vasalloje al Niño Dios, que por amor, abrazó la pobreza de los hombres, divinizándola al toque de su natura humana. Así, pensemos por ejemplo, en Hans Memling, en su preciosa Adoración de los Magos, custodiada en el Museo del Prado. La gloriosa escena se representa, no en ruinoso establo, sino en pulido cobertizo de tablas acomodado y barrido, con sus ventanas abiertas al campo. Los soberanos personajes alhajados con platarescos de oro y piedras preciosas, velludos y gamúzas, enmantados de armiños, ofrecen al Infante Redentor sus preseas en opulentos copones relumbrantes. Virgen Santa

Para poder dominar algo más me izo encima de las ruinas de un viejo caserón destruido, seguramente en pasadas contiendas, y mis ojos ven una carretera serpenteante y algo brillante que subiendo hasta una cima rematada por la torre, destruida también, de «can Casaca» se pierde en la vertiente que le sigue. Allá, a lo lejos, veo la cumbre del Tibidabo y mi imaginación adivina a sus pies a la populosa y gran capital que se posa muy pequeña e insignificante a los pies del «Mare Nostrum» teatro de tantas grandezas españolas. Un poco más a la derecha, difuminada por la neblina, veo la alta, silenciosa y catalanísima montaña santa de Montserrat, en donde el hombre de Dios ha construido su cabaña junto al nido del halcón.

Mi momento observador se ve interrumpido por unos cantos alegres y juveniles que dos muchachos van trinando, llevando debajo del brazo sus cestas en donde traen el almuerzo para los dos campesinos que al lado de mi atalaya trabajan abnegadamente la tierra.

Doy un giro hacia mi derecha y veo un alto pico escarpado, dominante y algo tremebundo; es Tagamanent que arisco y poco simpático deja caer sus laderas por la simpática y sin par tierra de La Garriga y Aiguafreda saturada de fuentes románticas. Casi a mi espalda, la formal montaña de Montseny, que con su caperucita blanca marca su sello de montaña perteneciente a la cordillera pirenaica. A su visión en mi imaginación vienen las andanzas de aquellos «partidos» aventureros? gladores? que como don Juan de Serrallonga tuvieron en jaque a las fuerzas gubernamentales.

Ensimismado en mis pensamientos y transportada mi imaginación, no me doy cuenta de que mi momento se ha dilatado en más de una hora, en vista de lo cual con un catalanísimo «adesiu» me despido de los labradores, del rincón de mis recuerdos y del paisaje vallesano, hundíendome nuevamente por las calles de la ciudad fijado por algunos ojos que ignoran el detalle que acaba de sentir y saborear. — P. V. R.

María, viste ella también luengo y galonado manto, sobré túnica purpurada; tiene la gracia de su gran Majestad. El bendito Patriarca no parece caminante y si un buen señor feliz bajo sus avios, con su bolsa al cinto y la montera calada. Y si viéramos a Gerardo David, el jubiloso colorista de la escuela de Brujas, en la «Natividad» del museo de Bruselas, con la legendaria caravana prolongada a los cuatro vientos del establo, en el que el colorido es música que embelesa y distrae el recuerdo de la santa pobreza. El recio Alberto Durero, representa la ceremonia de la Epifanía, entre millares de ruinoso arquitectura feudal con ostentación fastuosa. Si tornamos los ojos a los iluminados pintores de Italia; Paolo Uccello, Benozzo Gozzoli, Antonio Vivandini, encontramos que sus cortejos reales en la bienanza de Belén nos complacen por su imaginativa belleza que ha perdido el recuerdo de la realidad.

Ahora veamos en nuestra áspera y magnífica tierra a nuestros genuinos pintores. Nacieron hidalgos de la tierra reseca y se hicieron hombres para el Rey y para el Arte en la vida austera y trabajosa. Si la obediencia algún día les arrimó a su señor, entre las gentes templadas de arduas ajornadas, en la miseria y en la penitencia, buscaron sus modelos a hechura semejante suya. Por series extraños, ni el tropel ni la futilidad jamás les tentaron; pusieron su Arte al servicio de Dios, e hicieron la arquitectura de sus obras con piezas duras sacadas de aquella cantera barroqueña de la que ellos mismos procedían. Por esto la estofa que cantaron no fué la Epifanía, fué la Adoración de los Reyes; los modelos no fueron de egliga sino vivos y curtidos en las sierras. Zurbarán es autor de un cuadro de este género, que se guarda en la Galería Nacional de Londres y que por largo tiempo fué atribuido a Velázquez. La escena es familiar y conmueve por su sencillez. La Virgen María humildemente vestida, arrodillada, presenta al tierno Jesús envuelto en pañales de lino a la adoración de aquellos simples pastores, pobres y bien elegidos. El pastor se humilla tendiendo sus manos velludas y encallecidas, un anciano apoyó su busto escualido y las manos temblorosas sobre él, expresando la emoción que la invade; un zagallito peludo y uraño como alimón montañés, ofrece un pollo que pende alejando preso por las patas, mientras retiene en su otra mano un cesto de mimbre cargado de quesos y panes. Dos borreguillos albos se apelotonan tendidos a los pies de Jesús. Si esta obra es pieza gloriosa de nuestra pintura, hay en el Palacio del Louvre otra «Adoración» que haría en ella pareja lucida. Es proeza del pincel del Españolete. El Santo Infante recién nacido reposa en cueros vivos en su yacija de pajas sobre pañales muy blancos, es el centro buscado por la luz cálida que atraviesa por entre las ruinas del Portal. Santa María, de hinojos a su lado, levanta al cielo la faz esclarecida de una luz inefable, ninguna otra figura de la Madre de Dios fué obra tan pura de pincel. Una hermosa figura de pastor, de propio pastor de riscos, genuflexo ante el Niño, cubre el flanco izquierdo del cuadro, sus manos collosas se pliegan toscamente, soberbios su encarnación y su ademán; la cabeza de perfil, apenas descubre la tez entre la confusión de su barbudo y enmarañado desaliño. Pecho y hombros lleva cubiertos con cuero de borrego, de espesa lana apelmazada, prodigio de esforzada destreza; cuélganle al costado cuerno y zurrón. Una mujer vieja, apenas asoma el hueco del lienzo del lado superior izquierdo, cargada a la cabeza con su canoso de ofrenda; otro zagal pastor emerge de la penumbra prestando a Jesús tosca reverencia. Un borreguillo recental ligados los cuatro remos, diríase muerto tendido al pie del pesebre. Cubre la lontananza el otro colorido de luz crepuscular; por el descende, en tropel, un rebaño.

Otras Adoraciones pastoriles muy hermosas, salieron de los manos divinos del Mundo, de Pedro Orrente, de Murillo, del Clérigo Rocas, que harto prolijo sería reseñar sus bellezas para gloria de nuestra Religión y edificación de nuestros corazones.

JOSE M.ª SANTA MARINA